En un lugar de la Comarca de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hobbit de los de lanza en astillero, anillo antiguo, rocín flaco y Nazgul corredor.

Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, pan y hagüa los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su traje de lo más fino. Tenía en su casa una señora que pasaba de los cuarenta, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba la montura como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión garbanzo seco de legumbres, peludo de rostro, gran madrugador y amigo de la Puri, la del tercero. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Sobao, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que en este caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quijano.

Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.